Antón Costas

La demonización del PP

No habrá terceras elecciones! Se ha cumplido el pronóstico que Pedro Sánchez, el ex secretario general del PSOE, hizo a finales de mayo a los socios del Cercle d'Economia en su reunión anual de Sitges. Acertó, aunque no estoy seguro de que la forma haya sido la que él tenía en mente.

En cualquier caso, ¿y ahora qué? ¿Estamos ante un Gobierno en minoría incapaz de gobernar más allá de las cuestiones estatales del día a día y que no irá más allá de un año el plazo durante el cual no se pueden volver a convocar elecciones o, por el contrario, esta puede acabar convirtiéndose en una legislatura reformista? Es imposible predecirlo.

A priori, si, como haría un mal meteorólogo, para predecir el tiempo que hará mañana sólo tenemos en cuenta el que hizo ayer, lo más probable sería apostar por una legislatura abortada. Los analistas políticos acostumbran a utilizar un enfoque probabilístico de este tipo, basado en la proyección hacia el futuro de las tendencias que vienen de atrás. Pero hay que dejar espacio al posibilismo político. Es decir, a la posibilidad de que aparezcan caminos de salida allí donde sólo se veía maleza.

En todo caso, mientras vemos qué ocurre, podemos tratar de identificar los factores que, en principio, pueden hacer que esta legislatura sea una cosa u otra. Algunos de esos factores dependen del comportamiento del nuevo Gobierno, otros de la conducta que vaya a seguir la oposición. Veamos.

El Gobierno de Mariano Rajoy tiene la responsabilidad de ser el primero en mostrar una nueva aproximación intelectual a los problemas y una nueva conducta política. Debe y tiene que buscar a la oposición para afrontar las grandes cuestiones, tanto las urgentes como las importantes. Entre las primeras están los presupuestos y la negociación con las autoridades europeas de una pausa para la reducción del déficit. Entre las importantes, están hacer frente a la emergencia social de la pobreza y al problema territorial. En particular, la cuestión catalana. En estas cuestiones tiene que tomar iniciativa desde el primer momento. De lo contrario, si se acantona en sus anteriores posiciones, o si se amedrenta ante los retos, la legislatura será ruidosa y de corto aliento.

> No deberíamos descartar que surja un espacio para el posibilismo político que trae toda nueva legislatura

Pero que las cosas vayan por uno u otro camino depende también, y de forma determinante a mi juicio, de la actitud de la oposición. Una buena parte del bloqueo político desde las elecciones del 20 de diciembre pasado ha sido debido a la demonización del PP y de Mariano Rajoy. Esa actitud afectó prácticamente a todos los grupos: al PSOE, a Ciudadanos, a las fuerzas nacionalistas y soberanistas vascas y catalanas y, naturalmente, a Podemos y demás organizaciones de la izquierda alternativa de ámbito territorial.

La justificación de esa demonización han sido los recortes de gasto social y la corrupción del PP. Hay sobrados motivos para ambas cosas. Pero no hay que olvidar que los recortes los inició el gobierno de Zapatero y, en el caso de Catalunya, el govern de Artur Mas, aun antes de que la UE impusiese la política de austeridad. La demonización del PP tuvo otros motivaciones. En el caso del PSOE, intentar mantener agrupados a sus militantes y retener a sus votantes después del desprestigio y cuestionamiento de la gestión de la crisis por parte del gobierno de Rodríguez Zapatero. Y en el caso de Ciudadanos, a un intento de arañarle votantes al PP. En el caso de las fuerzas políticas catalanas, la demonización del PP viene de más lejos. Comenzó en el llamado pacto del Tinell, en el que el PSC de Pasqual Maragall cedió a la exigencia de ERC de expulsar al PP de la política catalana a cambio de pactar el gobierno tripartito. Y continuó después contaminando toda la vida política.

No será fácil acabar con esa imagen demoniaca. Por un lado, aún puede rendir algunos beneficios. Especialmente en el caso del PSOE y en el de los soberanistas. Por otro, corresponde al nuevo Gobierno de Mariano Rajoy mostrar señales de cambio. Pero, en cualquier caso, no deberíamos descartar que surja un espacio para el posibilismo político que trae toda nueva legislatura.

¿Cómo favorecer esa dinámica posibilista? Más que una estrategia de búsqueda inmediata de acuerdos políticos que puede generar frustración, el camino puede ser crear espacios para la conversación política multipartidista. Tanto con comisiones parlamentarias como mediante comisiones de expertos creadas por el Parlamento y/o el Gobierno. Su función sería mejorar la calidad del debate público y político sobre las cuestiones urgentes y los retos importantes que mencioné más arriba, y preparar el camino al acuerdo político posterior. Esa conversación acabaría con el fetiche demoniaco y engendraría simpatías y comprensión del otro, necesarias para cualquier acuerdo.●

ÓSCAR ASTROMUJOFF

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

¡Pedrooooo!

A pesar de que el grito huracanado de Penélope Cruz estaba dirigido a otro Pedro, es posible que se haya oído por los aledaños de la calle Ferraz. Y no precisamente como expresión de euforia, no en vano Pedro Sánchez ha conseguido indignar a toda la cúpula socialista. Su paso adelante, con fanfarria y altavoz, ha caído como una piedra en esos estómagos que lo aguantan todo –dormir con el enemigo, tragarse la corrupción– menos al niño que les señala la desnudez. Y desnudos de atributos están, hoy por hoy, los reyes del socialismo.

Pedro Sánchez, pues, ha plantado su bandera, arropado por la heroicidad ganada, y, con las cartas boca arriba empieza el juego. En este punto inicial de la partida, algunas consideraciones cogidas con pinzas, so pena de errar el tiro cuando se desaten los previsibles tsunamis. La primera es evidente: tiene toda la razón cuando reclama una reinvención de su partido, tan venerable como oxidado y sometido a la autarquía de unas jerarquías blindadas y desprestigiadas que le han dejado la credibilidad por los suelos. Lo de aquella militante valenciana del programa de Évole: "En esta foto del PSOE no quiero estar". El socialismo español nació en el XIX, se consolidó en el XX y aún no se ha enterado de que está en el siglo XXI, tan pesado en su estructura de poder como alejado de las nuevas políticas que reclaman los nuevos tiempos. O el PSOE lleva a cabo una seria catarsis o se hará el harakiri. Mal le irá si los barones y sultanas continúan imponiendo su ley, sin otro mandato que el de un poder aislado de la calle y sometido a intereses ajenos. El diagnóstico de Sánchez, en este punto, es el mismo que el de la militancia desconcertada y decepcionada, que hoy abunda en el socialismo.

> El PSOE nació en el siglo XIX, se consolidó en el XX y aún no se ha enterado de que ya empezó el XXI

Sin embargo, con el diagnóstico certero, ¿está acertando en el discurso? Y, más aún, ¿será Pedro la persona indicada para liderar este difícil tránsito, incluso si supera los previsibles obstáculos que pondrá la dirección, empeñada en despeñar el intento? Según lo visto en la entrevista de *Salvados*, las dudas arrecian y lo hacen a pesar de sus virtudes. Sánchez es un hombre honesto, es valiente y está motivado. Sin embargo, mostró algunas debilidades que pueden ser letales: por ejemplo, su precipitación en cambiar de relato respecto de Catalunya y de Podemos, poco creíble dados los antecedentes. O antes no tenía ni idea, y malo, malo, o ha hecho un viraje oportunista, lo cual es peor. ¿Descubre ahora que somos una nación? ¿Descubre que detrás de Podemos hay base social? ¿O sólo necesita cariño? Buf en los tres casos. Además, se mostró imbuido del halo de los héroes, y en política un héroe es un símbolo pero nunca un activo. Y, finalmente, mostró la tristeza propia del martirio, lo cual aguanta un tiempo pero después resulta una pesada carga. Más que líder, parecía un santo y, en la religión de la política, eso es un sacrilegio.●

Jordi Llavina

¡Qué solos nos quedamos!

Siempre me conmovió la *rima* 73 de Bécquer. Trata de una niña muerta, y trata asimismo –el menudo cuerpo sin aliento, yacente en su lecho; unas pavorosas sombras, proyectadas en la pared por la trémula luz de una vela; los ruidos desapacibles en un silencio trágico– de la fortísima impresión que todo ello produce en el ánimo del poeta. "En las largas noches / del helado invierno [...], / de la pobre niña / a veces me acuerdo". Hay, en esa poesía, un par de versos geniales que actúan a modo de estribillo. Forman parte de la memoria popular (o, cuando menos, formaban parte de ella cuando yo era más joven). Dicen: "¡Dios mío, qué solos / se quedan los muertos!".

Me pregunto si no hubiera sido mejor escribir: "¡Dios mío, qué sola / quedose la muerta!". Es más bella, ciertamente, la solución adoptada por el poeta sevillano. Pero acaso sólo cuando la muerte se *encarna* en alguien –cuando no usamos una figura retórica, sino que hablamos de una figura de carne y hueso– somos capaces de entender en toda su hondura lo que Miguel Hernández, en su memorable *Elegía*, denominó "el hachazo invisible y homicida".

Un hermoso poema de Marià Manent, *Enterrament d'una noia a Sallagosa*, cuenta cómo en cierta ocasión el poeta llegó al pueblo citado, en la Cerdaña francesa, y lo primero que vio fue el sepelio de una joven muchacha. "En el villorrio tranquilo no esperaba dar con la muerte. / Y tú vas, oculta en la madera, / con hombres que llevan alegres flores; / y este silencio habla de ti, / la por mí desconocida. Se te borraron el canto / de la codorniz y la nieve. / Pero la Eternidad / te trae secreta miel. Y, abeja dormida, / te encaja en tu celda". Igual Manent, al oír el golpe del ataúd contra el fondo del nicho, consideró lo escrito por Bécquer: "¡Qué solos se quedan los muertos!".

Me viene también a la cabeza un poema de Salvatore Quasimodo, de *Giorno dopo giorno*, que, en la traducción de Antonio Colinas, termina con estos versos estremecedores: "Te veo: tienes violetas entre las manos / cruzadas, tan pálidas, y líquenes / cerca de los ojos. Por lo tanto, estás muerta". Todas esas chicas, como a la postre haremos todos, se convirtieron "en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada". ¿En nada? Hoy recordamos a nuestros difuntos. Y la poesía sirve para darnos a entender cuán verdaderamente solos nos quedamos los que permanecemos aquí.●